

abundantes forajidos circundantes, se oponía la carga simbólica del bandolero como un sujeto de rebeldía y generosidad inherentes.

El autor prosigue en la revisión de otros importantes personajes del bandolerismo como fue "El Tempranillo", sin embargo, se detiene en el examen de dos factores que considera esenciales en el proceso de apaciguamiento de las acciones delictuales, a saber, la intervención del gobernador Zugasti y el avance del ferrocarril y el telégrafo, por lo que "a partir del último cuarto de siglo XIX, suele hablarse de una manifestación 'residual' del fenómeno, extendido, con algunos coletazos, hasta comienzos del XX" (p. 64). De esta manera, comienza a extinguirse el aura heroica del bandolero y a declinar el favor popular, para desembocar en un escenario diverso en que el bandido se destaca por su crueldad y marginalidad. Así, el libro concluye con una tácita sentencia en donde se sostiene que la imagen romántica del bandido se esfuma de la realidad presente para engrosar las confusas líneas de la tradición y la historia.

En suma, los lineamientos que José Manuel Ventura se ha planteado en esta obra se dirigen hacia el esclarecimiento de un fenómeno social que ha permanecido bajo las sombras de las grandes hazañas y, en este sentido, su preocupación fundamental ha radicado en desvelar las estructuras subyacentes del bandolerismo en Andalucía. Esta es la razón por la que acude, a través de un ameno y sutil estudio, al examen de la institucionalidad y al análisis de los determinantes demográficos y sociales que participaron en la configuración del bandido andaluz. De esta forma, el autor se ha encargado tácitamente de desprenderse de los elementos literarios y románticos asociados a la conducta del bandolero, no para negar el valor de éstos, sino para intentar rescatar la realidad histórica al que aluden alegóricamente. Así, para finalizar, hay que enfatizar que esta obra responde a una ya labrada trayectoria en temáticas culturales y demográficas así como a las profundas preocupaciones históricas del autor, por lo que su valor académico radica no sólo en el carácter informativo y el contenido explicativo de la investigación, sino además en el aporte reflexivo con que contribuye al área de las representaciones e imaginario social.

Robert Fossier. *Gente de la Edad Media*, Ed. Taurus, México, 2008, 383 pp.

DIEGO MUNDACA MACHUCA
Universidad de Concepción

El reconocido historiador francés Robert Fossier es profesor emérito de La Sorbona, con un dilatado trabajo como archivista y paleógrafo. Ha escrito estudios sobre la Edad Media que han llegado a convertirse en clásicos dentro de la historiografía medievalista mundial. En esta ocasión, por medio de una reflexión histórica a modo de ensayo, nos adentra en el mundo medieval intentando desmitificar la idea preconcebida que se tiene de esta época, a causa (en mayor parte según el autor) de la distancia que provoca en las personas la excesiva utilización de fuentes que poseen un fuerte "sesgo aristocrático" y que dificulta el conocimiento de "esa gran mayoría". Por eso el título del libro *Gente de la Edad Media*, que justamente perseguirá describir y comprender la vida de la gente común para este cometido, reflexiona sobre la vida cotidiana de hombres y mujeres corrientes, con el fin de mostrarnos que sus preocupaciones existenciales y cotidianas no son tan distintas a las nuestras como creemos y, aun más, serían las mismas, como dirá Fossier en algún pasaje.

La obra se divide en dos partes: el hombre y el mundo y sobre el hombre en sí mismo. Con ello se busca la verificación de la hipótesis central del trabajo, o mejor dicho, las ya enunciadas preocupaciones personales del autor: "comprender la vida de los hombres comunes, que sufren y padecen la vida de una forma no muy distinta al hombre de hoy". Fossier nos invita con ello a cuestionar nuestro presente a partir de la vida de los hombres comunes de la Edad Media y nos va demostrando a través de sus páginas que ese hombre común no es muy distinto al actual.

Su objeto de estudio es un ser humano al cual:

le preocupa la lluvia, los lobos, el vino, el dinero, el feto o incluso el fuego, el hacha, los vecinos, el juramento, la salvación, todo aquello que nos habla ocasionalmente y por omisión, a través del prisma deformante de las instituciones políticas, las jerárquicas sociales, las normas judiciales y los proyectos de fe. Por lo tanto, no encontraremos aquí ni una argumentación económica ni una

descripción de técnicas, ni lucha de clase; sólo a ese pobre hombre de todos los días (p.14).

Para el autor, la atención está puesta en los puntos que nos hacen semejantes a cada hombre y mujer, sea cual sea su origen. Todos debían comer, dormir, caminar, defecar, copular e incluso pensaban de la misma manera cuando se miran en la vida cotidiana; lo que le interesa en definitiva "es el animal humano".

En la obra se pide al lector que se abstraiga por un momento de sus esquemas tradicionales y deje a un lado ideas preconcebidas de la época en estudio. Bajo estas premisas, se pretende remover certezas, dentro de un amplio margen de tiempo (de Carlomagno a Francisco I), ayudado por fuentes principalmente emanadas del poder eclesiástico, como todos los demás historiadores, con los mismo argumentos cuestionables, en el periodo que va entre los siglos XII-XIV. No pasa revista, como en una galería donde desfilan los "tipos sociales": el monje, el guerrero, el habitante de la ciudad, el hombre del campo, el marginado, las mujeres y la familia. Algo similar a lo que hizo Jacques Le Goff hace ya veinte años, con un conjunto de diez académicos prestigiosos⁷⁷⁸

En la primera parte, "El hombre y el mundo", analiza temas con la modalidad de preguntas y respuestas (recurso que seguirá usando durante todo el libro): el "hombre al desnudo", ¿podemos calcular cuántos eran estas personas? ¿Qué veían o sentían? ¿Y la gente del bosque? ¿Qué eran los animales? O el tema de la enfermedad y su representación simbólica, por ejemplo, la epilepsia como mal "sagrado" y la peste negra.

Respecto a la niñez, despeja el prejuicio de que en la Edad Media se menosprecia e ignoraba al niño. En cambio se expresa que había una sobrada atención: "El niño era objeto de un cariño intenso, cuidado atentos o de una preocupación por su educación perfectamente equiparable a los nuestros" (p.50). Si embargo, el autor se pregunta por el abandono de la infancia o los llamados niños expósitos y si ese comportamiento es sólo medieval. El tema de la alimentación y sus gustos ha sido desvelado por la ciencia arqueológica a través del estudio de los utensilios: "todos comían de todo; las excavaciones realizadas en los vertebrados de la contabilidad de la comidas así lo demuestran. Y todo valía, incluso los caballos e incluso los perros (¡pues sí!); sus huesos han dejado huellas indiscutibles de descuartizamiento" (p.73). El paso del tiempo y el cambio suscitado en el siglo XIII entre la concepción del tiempo de la Iglesia y la concepción secular de los mercaderes: "como en Caen en 1317, el reloj público hacía triunfar el tiempo de los comerciantes sobre el tiempo de la Iglesia" (p. 69).

La opinión generalizada es que la alta jerarquía de la Iglesia tenía aversión por las mujeres o era derechamente misógina. Por su parte, el autor se pregunta por la importancia que cobra la imagen de la mujer a partir del siglo XII, a través de los textos bíblicos y con la figura de María como "madre protectora", que habla a la Divinidad para favorecer a los hombres, como hizo en Caná y otros lugares: "¿acaso Jesús no hablaba gustoso a las mujeres, a las dos marías, la Magdalena y la de Betania, que a menudo se confundían en la Edad Media? Fue a ellas a quien él se mostró por primera vez después de la Resurrección, fueron ellas las que cuidaron sus heridas, quienes le atendieron en la cruz y a ellas las que perdonó con más facilidad que a los hombres" (p.90).

Sobre la homosexualidad, que tanto preocupa a nuestro mundo actual,

las estructuras medievales la favorecían, con la agrupación de jóvenes solteros, además de ambos sexos, que vivían en común, en castillos y conventos, con las sociedades de jóvenes en las aldeas o las devociones en la ciudad. Considerados con una imagen execrable de los vicios de Sodoma y Gomorra, se creía que estos compartimentos perjudicaban la salud de los culpables, pero no de la masa: ésta es la razón por la que los castigos que sancionaban estas actitudes eran de carácter personal y rara vez públicos; quizás se veían como manifestaciones individuales, un resultado sublime de una amistad que se había extendido a lo carnal. Es en nuestra época cuando se ha ido a la caza de todo estos casos, comprobados o posibles [...] da la impresión de que en la época medieval se tenía una visión serena de este ámbito (p. 97).

En cuanto al matrimonio hace una salvedad. Se le atribuido a la Iglesia el ejercicio de perpetuar los enlaces por conveniencia en la aristocracia laica, su rival en lo político y en lo económico, cuando al contrario, desde la Alta Edad Media la Iglesia "extendió la prohibición de emparentarse hasta el séptimo grado de

⁷⁷⁸ Le Goff, Jacques. 1990. *El Hombre Medieval*, Alianza, Madrid.

parentesco, es decir, a todos los descendientes de un mismo tatarabuelo" (p. 107)

Otro de sus aportes relevantes a la crítica historiográfica se obtiene al abordar el tema del trabajo. Su examen apunta a cómo los historiadores montan y desmontan sistemas que explican la naturaleza de las relaciones de trabajo donde se evocan religiosamente los nombres de Smith, Ricardo, Malthus, Mark o Weber (p.127), evidenciando una carencia al enfrentar el problema, donde falta (subraya) "de manera cruel la dimensión psicológica". Nos recuerda que en esta época, a concepción del trabajo se manifiesta en la santificación del trabajo monacal (*ora et Labora*), o que la palabra "trabajo" no existe en la Edad Media como la conocemos hoy en día:

el término *Tripalium* de donde viene el vocablo trabajo, era un trípode que se utilizaba para inmovilizar la grupa de un caballo que se estaba herrando. Que más tarde se usara para designar un instrumento de tortura deja de manera descubierta de manera cruel el aspecto penoso y negativo del trabajo. Los textos y las gentes decían entonces *labor*, *actio* u *opus* que significaban fatiga, acción, u obra; y no cabe duda de que cada uno de estos términos implica esfuerzo (p. 126).

El autor distingue tres reglas que ponen en tela de juicio a muchos laboriosos trabajos, ya que éstos utilizan concepciones inexistentes en una sociedad pre-moderna como es la Edad Media. En primer lugar, la inexistencia de competencia o competitividad: "la Iglesia velaba por ello, porque sólo podía ser fuente de rivalidad, celos y pecado". Nada de publicidad que engañaría y evidenciaría un ánimo de grupo, nada de *dumping* sobre los precios, que causaría prejuicio al trabajo del prójimo. Lo segundo sería que el objeto del trabajo era el beneficio común; y por último, el trabajo era fruto de un esfuerzo y conlleva un resultado, según el lugar que se tenía en la sociedad: el guerreo alcanza la gloria, la reputación del clero a través de sus estudios y para el campesino su salvación estaba asegurada si trabajaba duro. La historiografía se ha olvidado de estas evidencias y se centra en demasía en el mercado, la plaza y la moneda, pero no "habla de la tierra y lo que aportaba, como si no hubiera constituido la preocupación primordial, incluso la única" (p. 129). Así, este tipo de historiografía con su idea de progreso se olvida del mundo rural y le vuelve la espalda al preferir el estudio de la ciudad.

El tema de la naturaleza se destaca a través de los *exempla* (predicaciones o sermones hechos por los clérigos para enseñar al pueblo), don muchas veces se usaba para atribuir causas teológicas a las catástrofes ambientales y así remover el alma del pecador. Se destaca la relación del hombre con el fuego, el agua, el mar, el bosque ("abrumador y sagrado") y los animales. ¿Qué fueron estos últimos? Según el autor, la visión del hombre medieval no le agradaba el mundo animal: "las virtudes que podían encontrarse en ellos sólo eran interesantes si servían para que dependieran del hombre o estuvieran sometidos a él. Hasta el siglo XIV no cambia esta perspectiva [...] sin que cambiase esa postura de autosuficiencia y desprecio de nuestra especie hacia los demás, esa vanidad que se mantiene tan firme entre nuestros contemporáneos" (p.198)

Otra crítica a la historiografía vigente se dirige a lo que desde hace ya treinta años se ha venido reflexionado para explicar el orden *triestamental* de la sociedad medieval. Se piensa que este sistema es intrínsecamente desigual e injusto y que la causa de su fractura se explica por la lucha de clases⁷⁷⁹. Agudamente el autor nos recuerda cómo hace tiempo lo han examinado otros medievalistas⁷⁸⁰ que sostienen una posición divergente de la mencionada, puesto que esta última visión es hija "de nuestro racionalismo heredero de la ilustración, que se ha apresurado en estigmatizar un orden que legitimaba tan escandalosamente desigualdades sociales" (p.256). Postura que ha perjudicado el conocimiento histórico sobre una sociedad que se regía por ideales totalmente distintos a nuestra sociedad moderna: "lo que hace que se resignen los más favorecidos es que la imagen mental del mundo no es la nuestra. Ante Dios y su voluntad no hay ricos ni pobres, amos ni siervos; sólo hay cristianos que esperan el juicio final (p. 256).

La segunda parte del libro está compuesta por tres capítulos: "el hombre y los demás"; "el conocimiento" y por último "el alma". El historiador reconoce que este tipo de temas de las "superestructuras mentales" no es de su total agrado por no encontrarlo tan decisivo. Por otra parte, el término mentalidad, todavía controvertido, debe interpretarse según Fossier en el sentido de que no hay una sola mentalidad

⁷⁷⁹ Hilton, Rodney. 1985. *Conflicto de clases y crisis del feudalismo*. Crítica, Barcelona; Id. 1982. *Siervos y Liberados, los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*. Siglo Veintiuno, Madrid.

⁷⁸⁰ Guerreau, Alain. 1984. *El feudalismo: un horizonte teórico*. Crítica, Barcelona; Id. 2002. *El futuro del pasado, la Edad Media en el siglo XXI*. Crítica, Barcelona, 2002, Le Goff, Jacques. 1999. *En busca de la Edad Media*, Paidós; Pernoud, Régine. 1998. *Para acabar con la Edad Media*, Ed José J. Oñaleta, Palma de Mallorca

medieval, sino una pluralidad, varias de ellas; y se abre también a discusión el tema de si sabemos que en Occidente no había otra forma de ver y enfrentar la realidad, que no fuera con la mentalidad unitaria que dio el cristianismo medieval.

El autor sigue con su convicción que el desarrollo material es el más importante: "sigo pensando de que lo herrajes de las monturas han desempeñado un papel mucho más importante para el progreso de la humanidad que la *Suma De Tomás de Aquino*" (p.222). Aunque esta aseveración es muy categórica, el autor lo menciona en el contexto de que él no está convencido que el hombre sea el mayor éxito de la creación.

Si bien la época que el profesor describe coincide con el florecimiento de las ciudades, para él las ciudades son algo secundario. Argumenta que los poderosos de Florencia poco tenían que ver con la vida de la *gente de la Edad Media*, sosteniendo que tras las últimas investigaciones arqueológicas, se demuestra que hubo una relación osmótica entre campo y ciudad, que los núcleos urbanos se formaron según los nuevos grupos religiosos y comerciales. Lo que marcaría los destinos urbanos es la especialización de actividades, algo que complica al historiador de las ciudades: "ciudad del obispo frente al burgo de los mercaderes".

Una problemática muy interesante que se plantea es el estudio del dinero, pero del punto de vista insistente de la historiografía que busca trazos de un sistema "capitalista medieval", exclusivamente urbano anterior a 1450 o 1500. Su preocupación en cambio es plantearse la pregunta: qué lugar ocupa el dinero en las mentalidades, en la visión general del mundo que comparten todos los hombres, sea cual sea el estamento al cual pertenecen. En este sentido, se desarrollan durante toda la obra reflexiones del autor sobre sus propias investigaciones y vivencias, a través de las cuales va removiendo concepciones *a priori* y hasta mitos populares e intelectuales, muchos de los cuales ya han sido mencionados, pero nos quedan algunos más por ver. Es el caso de los "terrores del año mil", que en realidad nunca existieron; o la creencia de que la justicia se resolvía con potros de tortura y horcas, afirmación que demuestra un desconocimiento de la mentalidad de los jueces medievales: "la inquietud que le suscitaba la necesidad de Salvación les hacía mirar más allá de la transacción, la conciliación, el compromiso [...] *Iustitia est magnum emolumentum* <la justicia es un gran beneficio (p. 268). El feudalismo, según el autor, afectaría a uno o dos hombres de cada veinte como una "fina película institucional" (p. 272), afirmación ésta muy provocadora. La guerra, que muchas veces se piensa que fue continua y organizada, más bien fue en la mayoría de ocasiones una serie de enfrentamientos entre personas privadas y la única guerra verdaderamente organizada habrían sido las cruzadas: "fue un movimiento popular, una manifestación de la fe, una peregrinación armada que tentaba a todos. No hubo 'cruzadas', hubo una cruzada" (p. 283).

Otro apartado del libro se refiere a la idea de *memoria e imaginario* como un amplio campo de investigación donde debaten psiquiatras e historiadores de las ideas, y en las páginas finales se hace referencia a la fe, la salvación, los ritos, la Iglesia y el Más allá, sin abandonar su mirada radicalmente materialista de la historia. Pero esto no le impide acceder a verdades sobre la religiosidad de estos hombres y mujeres, aclarándonos de forma magistral conceptos como "milenarismo" y "Juicio Final".

Provocativa e inquietante, esta forma de mostrarnos de manera fragmentada y divergente las "gentes de la Edad Media" nos abre muchas preguntas y uno de sus aportes más relevantes dentro de historiografía es volver a plantearnos las concepciones tradicionales de la disciplina, llamándonos a revisarla desde una perspectiva menos escrupulosa y sin apriorismos consabidos. Claramente su obra no sólo repite, sino que interpela los basamentos teóricos y una nueva observación de viejos problemas como la concepción del trabajo, el tiempo, las ciudades, el feudalismo, el tema del conocimiento y las mentalidades. Bajo esta apreciaciones, el mismo autor sostiene que se trabaja con muchos prejuicios académicos y que la Edad Media no son una Hansa Teutónica, ni las universidades: "somos nosotros los que veneramos las universidades medievales, no hay rastros de esta admiración en sus contemporáneos" (p. 334). Los caballeros, el arte de las catedrales, no son las formas más representativas de la Edad Media, sino los hombres corrientes que son la mayoría de la población y no pertenecen a los tipos sociales de caballero, monje, artista. Creo que está en lo cierto, pero la "solidaridad social" que existió en ese tiempo era general y la gran mayoría también era participe activo de la construcción de la vida social en su conjunto.

En sus reflexiones finales (p. 394) instala dos preocupaciones que no tienen la pretensión de aclarar las problemáticas de la historiografía medieval ni tampoco de demostrar nada, sino responder a las motivaciones y a las inquietudes de un intelectual que necesita expresar a través de un ensayo su visión de los temas que más ha trabajado. La primera de ellas apunta a su postura de no creer que el hombre es superior a las demás especies. Lo que busca en su investigación es exponer un ser humano desde su nacimiento y

muerte, con una perspectiva casi naturalista, es decir, ver al hombre primero como un animal que no es superior a ningún otro organismo: "como un ser vivo no más que un montón de células animadas por pulsiones químicas y eléctricas. No hay cultura que no haya visto en él una envoltura material y un soplo espiritual, un cuerpo y un alma. Y sólo desde este punto de vista se ha hablado de ser humano (creo que mi lector ya se habrá formado una opinión sobre lo que yo pienso al respecto, pero dejémoslo ahí)" (p. 376). Para tal objetivo, se concentró en las vicisitudes de la gente sencilla de la Edad Media: el ambiente, la sed, el hambre, la economía, sus relaciones de poder. Y cómo la historiografía ha dejado está gran mayoría postergada como objeto de estudio:

"¡No! Ni la universidad, ni los cistercienses, la Hiansa teutónica [...] ni mucho menos la *Summa* de Santo, constituyen la edad media estoy arto de hablar de caballeros, de feudalismo de reforma gregoriana [...] con el pretexto de que no sabemos nada de so demás. Pero los demás son las nueve décimas partes de la humanidad de aquellos tiempos. ¿No deberíamos hacer algo por estudiarlos" (p. 383)

La segunda reflexión se orienta a problematizar si el hombre medieval es igual a nosotros, sin soslayar, por su puesto, las evidentes diferencias (económicas, religiosas, sociales y las concepciones del tiempo, el espacio y la velocidad). Hoy, al igual que en los tiempos lejanos de la Edad Media, la vida nunca transcurre en los escenarios importantes de la Bolsa, o no se refleja en los escenarios de los políticos, ya que lo que importa al hombre común es su profesión, sus ingresos, los problemas de la vida cotidiana en general, la violencia, el amor y los discurso capaces de llevar consuelo.

Aunque el libro aborda muchos temas de forma superficial, casi como una foto área, nos aporta muchos elementos para futuras investigaciones. Sobre todo, que las fuentes oficiales se pude leer buscando este hombre común, que las ciencias auxiliares son fundamentales para entender la Edad Media, con la propensión de la arqueología y el arte. Además nos invita a cuestionar y a remover algunas certezas y conceptos ya asimilados en los estudios medievales como incuestionables. Y por último, nos pone en la disyuntiva acerca de nuestras concepciones antropológicas, con su insistencia en subrayar que el hombre es "animal humano" o un "mamífero bípedo" y que no ha sufrido cambios sustanciales todos estos siglos.

Se trata, en fin, de un ensayo histórico provocativo pero de una honestidad intelectual a toda prueba, que no deja indiferente, escrito con una clara erudición (fruto de muchas décadas de estudio) y amenidad que hace ágil su lectura incluso al público no especialista.

Eduardo Téllez Lúgaro. *Los Diaguitas*, Akhilleus, Santiago de Chile, 2008, 87 pp.

MAURICIO OSTRÍA GONZÁLEZ
Universidad de Concepción

Los que me conocen saben que no soy historiador, ni antropólogo, ni etnólogo. Los que no me conocen lo saben ahora. En consecuencia, todos ustedes se extrañarán por qué Eduardo me ha pedido que presente su libro, un libro de historiador y si se quiere de un historiador que deambula por los terrenos de la antropología, la arqueología, la etnología y hasta la etnolingüística. Yo también me extrañé cuando me llamó por teléfono para pedírmelo. Después entendí que él buscaba la lectura del lego, del lector no especializado, que pudiese aproximarse de modo, quizá, más intuitivo, a un libro que no está escrito como los libros de historia canónicos y que, por tanto, pudiese dar una visión distinta, desembarazada de los pruritos técnicos y hasta científicos de la historia tradicional. Y aquí me tienen, precisamente, embarcado en esa tarea.

El libro de Eduardo Téllez Lúgaro que ponemos a la consideración de ustedes, estimados futuros lectores, contiene una serie de estudios sobre los llamados *Diaguitas*, que, después de leer sus páginas, ya no nos atrevemos a asegurar que ese fuese su gentilicio, o no siempre lo fuera, o no lo fuera para todos o no en todos los casos. En fin, *Los diaguitas*, con el subtítulo de estudios, ha sido publicado en Santiago por la editorial Akhilleus.

El volumen, de 87 pp. Contiene los siguientes capítulos:

1. Consideraciones sobre la prehistoria y la protohistoria diaguita.